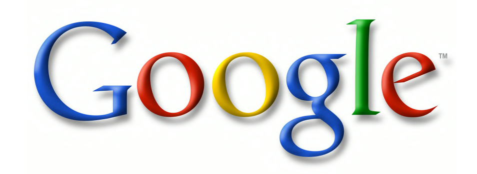
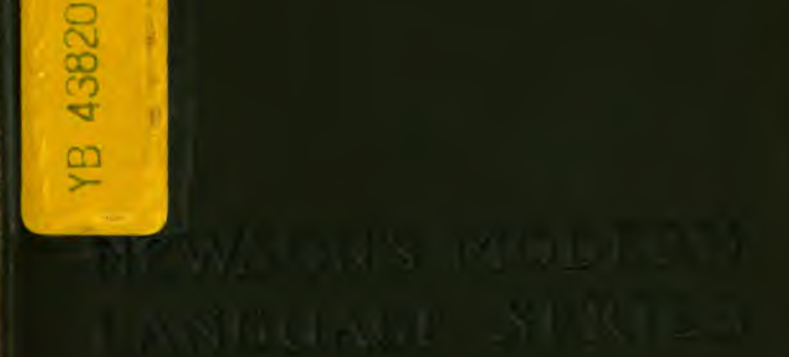
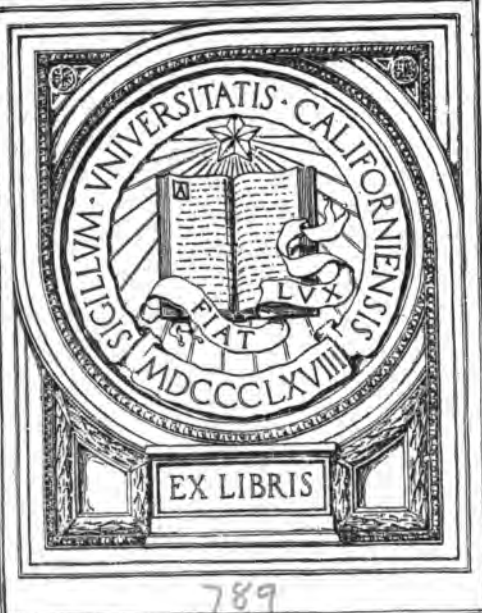


DON JUAN VALERA

HISTORIAS BREVES






SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

HISTORIAS BREVES

DON JUAN VALERA

HISTORIAS BREVES

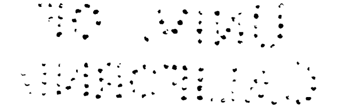
TRES PRECIOSOS CUENTOS Y UN PRÓLOGO EXTENSAMENTE ANOTADOS EN INGLÉS, CON DATOS HISTÓRICOS Y BIOGRÁFICOS

POR

R. D. DE LA CORTINA

EX INSPECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, REPÚBLICA ARGENTINA
EX ASESOR TÉCNICO DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN, BOLIVIA
AUTOR DE LOS MÉTODOS Y DE LA SERIE DE CORTINA, ETC.

NEW YORK
NEWSON & COMPANY



ÍNDICE

EL AUTOR

DON JUAN VALERA y Alcalá Galiano, político, diplomático y célebre literato español, nació en Cabra, provincia de Córdoba, España, el 18 de octubre de 1824. Fueron sus padres don José Valera, oficial de la Armada, y doña Dolores Alcalá Galiano, marquesa de la Paniega.

Hizo sus estudios en el Seminario de Málaga y en el Colegio del Sacromonte de Granada. Aquí adquirió vastos conocimientos de la literatura española y cursó la carrera de derecho, que terminó en 1846.

Empezó á figurar, como subsecretario del Ministerio de Estado en tiempos del duque de la Torre. Elegido después varias veces representante de la nación, llegó á ser secre-

tario del Congreso, senador, consejero de Estado, etcétera, etc.

Al lado del insigne poeta duque de Rivas, con quien permaneció dos años en Nápoles, empezó su carrera diplomática. Fué sucesivamente secretario de las legaciones de España en Lisboa, Brasil, Dresde y San Petersburgo; ministro en Francfort y Lisboa; enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Washington y en Bruselas, y, por último, embajador en Austria, desde marzo de 1893 hasta junio de 1895. Desde esta fecha don Juan Valera permaneció en Madrid, dedicado á sus tareas literarias hasta abril de 1905, que murió, á la avanzada edad de ochenta y un años.

Su fama universal es como escritor cultísimo, maestro en el buen decir, hablista cervantino, prosador inimitable. Los varios cargos diplomáticos que desempeñó en las repúblicas americanas, le permitieron conocer á fondo aquella literatura y presentar á sus compatriotas á una fuerte y laboriosa legión de escritores hasta entonces desco-

nocidos en España. Las más notables revistas, tanto de su patria como del extranjero, publicaron importantísimos artículos suyos, especialmente "La América," semanario de Madrid, que fué una de las publicaciones que más favoreció nuestro Autor con inspiradísimos trabajos literarios y políticos.

En 1861, fué elegido miembro de la Academia de la Lengua, y su admirable discurso de ingreso, es una de las joyas más apreciadas en la historia de la literatura española.

En el Ateneo Científico y Literario de Madrid dió, con gran aplauso, brillantes conferencias sobre la filosofía del arte y, en 1889, fué elegido presidente de la sección de literatura en dicho centro.

Poeta, crítico, filósofo y novelista, Valera es conocido del público principalmente en este último concepto.

Como poeta, es clásico por excelencia.

Considerado como crítico es una verdadera autoridad. Se distingue por la gracia, finura, elegancia, amenidad y erudición.

En Alemania goza de inmenso crédito por su extraordinario conocimiento de la literatura alemana. En los Estados Unidos es también grande su popularidad, debido en parte á su extensísimo trabajo acerca de la poesía norteamericana y á sus traducciones de diferentes escritores de la misma República.

Como filósofo, según Menéndez Pelayo, son pocos ó ninguno los que están á la altura del privilegiado ingenio que nos ocupa.

Como novelista, se señala don Juan Valera por sus tendencias psicológicas y filosóficas y por la belleza de cuanto dice. Sus trabajos son, más que debidos á la observación, basados en la fantasía, pero en una fantasía brillante y chistosa, ligeramente satírica. Casi todas sus obras cuentan repetidas ediciones y han sido siempre inmediatamente traducidas á diversas lenguas. Dice don Antonio Cánovas del Castillo en su extenso juicio sobre las novelas de Valera, que su mejor testimonio está en ellas propias. Comenzando por "Pepita Jiménez,"

que fué la primera que escribió, ninguna hay que no posea tantos grados de verdad como las que pasan por más realistas. El asunto de "Doña Luz" fué, más tarde, un mayor desenvolvimiento del de "Pepita Jiménez," porque está planteado en más íntimos términos, los personajes están más hondamente caracterizados y la situación culminante presenta más interés. En el "Comendador Mendoza," libro vívido si los hay, se encierra otro conflicto moral muy positivo, y de esos que en el mundo real ocurren más frecuentemente, quizás, de lo que se piensa.

Dice el prólogo de la décimasexta edición de "Pepita Jiménez," publicada en 1901, que la Revista de España dió á luz la obra por primera vez y que, poco después, la insertó en sus columnas un periódico diario. En Francia la reprodujo el acreditado "Journal des Dèbats" y ha sido traducida al portugués, al inglés, al francés, al polaco, al alemán, al bohemio y al italiano. No entran en esta cuenta las diferentes ediciones

hechas en castellano en la América hispano-americana ni las de Nueva York.

La colección más completa de las obras de Valera forma siete volúmenes de "La Biblioteca de Escritores Castellanos," editados en Madrid. El tomo primero se titula "Canciones, Romances y Poemas." El segundo "Cuentos, Diálogos y Fantasías," y contiene el Pájaro Verde, Parsondes, El Bermejino Prehistórico, Asclepigenia, Gopa, Un Poco de Crematística, La Cordobesa, La Primavera, La Venganza de Atahualpa, y Dafnis y Cloe. El tomo tercero, "Nuevos Estudios Críticos," se compone de los Apuntes sobre el Nuevo Arte de Escribir Novelas, el Fausto de Goethe, Shakespeare, Psicología del Amor, Las Escritoras en España y Elogio de Santa Teresa, Poetas Líricos Españoles del Siglo XVIII, De lo Castizo de Nuestra Cultura en el Siglo XVIII y en el XIX, y De la Moral y de la Ortodoxia en los Versos. El tomo cuarto, "Novelas," con un prólogo de don Antonio Cánovas del Castillo, volumen que consta

de Pepita Jiménez y El Comendador Mendoza. El quinto, también titulado "Novelas," se compone de Doña Luz y Pasarse de Listo. El sexto lo llenan las Ilusiones del Dr. Faustino, y el séptimo volumen, que contiene Disertaciones y Juicios Literarios, incluye Sobre el Quijote, La Libertad en el Arte, Sobre la Ciencia del Lenguaje, Del Influjo de la Inquisición en la Decadencia de la Literatura Española, La Originalidad y el Plagio, Vida de Lord Byron, De la Perversión Moral de la España de nuestros Días, De la Filosofía Española, Poesía Lírica, Estudios Sobre la Edad Media, Obras de don Antonio Aparisi y Guijarro, Sobre el Amadís de Gaula y Las Cántigas del Rey Sabio.

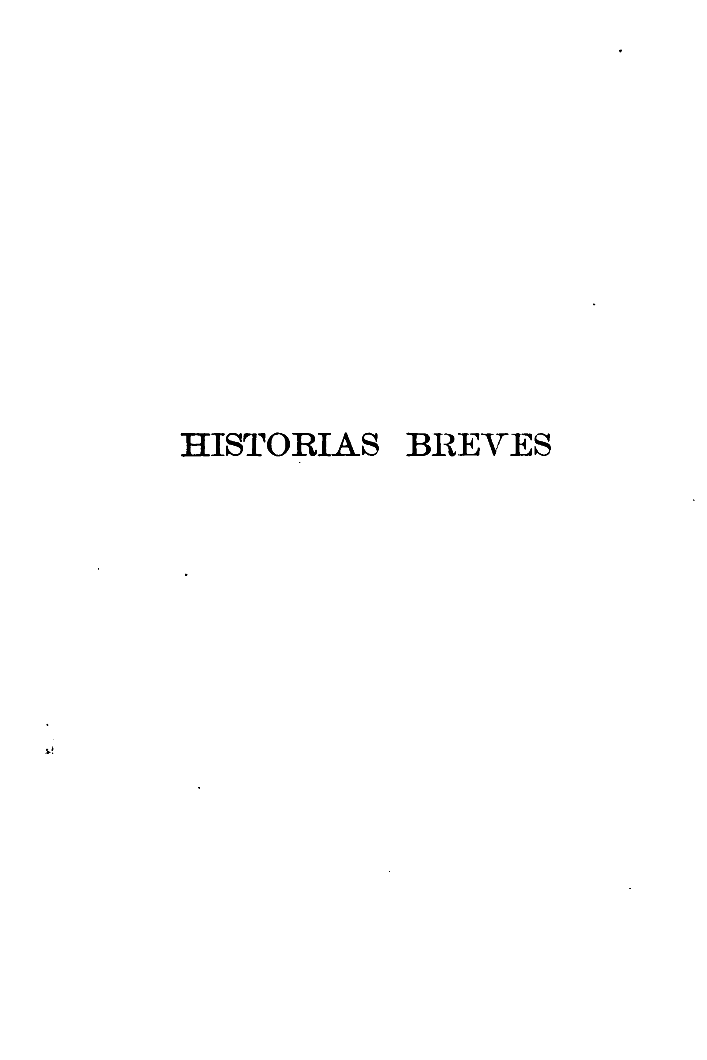
De entre los demás innumerables escritos de este fecundo autor, recordamos Estudios Críticos sobre Literatura, Política y Costumbres de Nuestros Días, en tres tomos; Algo de Todo, Juanita la Larga, Genio y Figura, Monsaluz, Cuentos de Color de Rosa, varias series de los notables estudios críticos que titula "Cartas Americanas" y quizás

otra veintena ó treintena de volúmenes, todo muestra del gusto literario más refinado.

Su última obra, inédita aún cuando escribimos este opúsculo, es el discurso para el Centenario del *Quijote*, que don Juan pensaba leer en la Academia. La muerte le sorprendió faltándole unas páginas para concluirlo.

R. Diez de la Cortina.

Nueva York, 22 de mayo de 1910.



HISTORIAS BREVES

I

UN PRÓLOGO

Dos son los principales motivos que me llevan á escribir algunas palabras al frente de esta colección de cuentos que doy al público ahora.

No todas las flores son frescas y bonitas; también las hay mustias y feas.[1] No se me culpe, pues, de presumido,[2] si valiéndome[3] de una figura retórica llamo flores de mi pobre y agostado ingenio á los cuentos que siguen. Y suponiendo ya que son flores, añadiré que carecen de relación entre sí y que yo las reuno caprichosamente para formar con ellas un ramillete ó manojo.[4] Sea este breve prólogo la cinta ó el lazo que las ate,[5] para que cada una de las flores no se vaya por su lado.[6]

No soy yo quien debe elogiarlas.[7] El benigno lector decidirá si valen algo ó si nada valen. Yo diré sólo para procurarme la indulgencia hasta de los más severos, que mi

propósito al escribir y al reunir los cuentos es tan modesto como inocente. No me propongo enseñar nada, ni moralizar, ni probar tesis, ni resolver problemas, ni censurar vicios y costumbres. Lo único que me propuse al escribir los tales cuentos fué distraerme ó divertirme en el casi forzoso retiro á que mi vejez y mis achaques me condenan.[8]

No he de negar yo que me he divertido escribiendo los cuentos, pero me guardo bien de inferir[9] de ahí y de dar por seguro que se divertirá también quien los lea. Los cuentos, sin embargo, no aspiran más que á divertir. Si no divierten, la crítica no puede ni debe ir más allá que hasta el extremo de calificarlos de fastidiosos, y en cambio, si divierten ó entretienen algo, su fin y su objeto están cumplidos. No son ni quiero yo que sean sino una obra de mero pasatiempo, con cuya lectura, sin la menor ofensa á Dios ni al prójimo, logren los desocupados[10] entretenerse durante algunas horas. Los que quieran aprender algo, de sobra tienen libros á que acudir.[11] Para saber de religión lean los *Nombres de Cristo*; para saber de moral, lean la *Guía de Pecadores*, y para saber de filosofía, la obra que

está publicando el Padre Urraburu en muchos y muy gruesos tomos.

Este librejo[12] no pretende tampoco conmover hondamente[13] el corazón de los lectores. La musa que me le ha inspirado (suponiendo también que ha habido musa) no ha sido melancólica, ni trágica, sino regocijada y alegre,[14] según convenía para consolarme de mis penas reales y no para agravar su peso, con otras penas imaginarias. Por lo demás, yo creo y siempre he creído que toda producción artística ó literaria implica buen humor y no desabrimiento[15] ni aflicciones. Hasta cuando un poeta ó un novelista toma por asunto[16] los sucesos más lastimosos, importa que la lástima y el pesar se hayan disipado ya casi del todo, á fin de que el asunto, que estaba en el sujeto[17] y que atormentaba al sujeto, salga fuera de[18] él, y él le contemple serenamente y sea el objeto ó la primera materia con que él compone ó construye su obra, cincelándola y puliéndola.[19]

Cada cual[20] tiene su modo de hacer las cosas. Yo no he de dar reglas ni he de disputar sobre esto. Diré sólo que no comprendo al que embargado de[21] un profundo

dolor se pone á cantar ó á escribir sobre el dolor que le embarga. La muerte de un ser querido,[22] las desventuras de la patria, las tremendas luchas[23] y los espantosos infortunios que suelen afligir al linaje humano, todo esto, cuando llega á convertirse en materia para nuestras creaciones literarias es cuando ya menos nos duele,[24] porque si nos doliera, no escribiríamos, sino trataríamos de remediar el mal por medios prácticos, ó le lloraríamos, informe é inefablemente[25] y sin literatura, si no acertásemos á remediarle.[26]

Acaso parezca sofisma; pero, si no lo fuese, y si no temiera yo hacerme pesado, llegaría á demostrar por este camino que á fuerza de ser sentimental cuando no escribo, soy poco sentimental en lo que escribo. No gusto de afligirme ni de llorar, ni gusto de afligir ni de hacer llorar á los otros. El que busque, pues, emociones terribles y profundas que no lea ni compre este librejo. Si yo logro que el librejo no aburra,[27] cómprele y léale el que anhele deshechar ú olvidar[28] las terribles y profundas emociones, por virtud de otras superficiales, amenas y gratas.[29]

II

EL CABALLERO DEL AZOR[1]

CAPÍTULO PRIMERO

HARÁ ya[2] mucho más de mil años, había en lo más esquivo y fragoso[3] de los Pirineos una espléndida abadía de benedictinos. El abad Eulogio pasaba por un prodigio de virtud y de ciencia.

Las cosas del mundo andaban muy mal[4] en aquella edad. Tremenda barbarie había invadido casi todas las regiones de Europa. Por donde quiera luchas feroces, robos y matanzas.[5] Casi toda España estaba sujeta á la ley de Mahoma, salvo dos ó tres estadillos nacientes, donde entre breñas y riscos se guarecían[6] los cristianos.

En medio de aquel diluvio de males, pudiera compararse la abadía de que hablamos al arca santa en que se custodiaban el

saber y las buenas costumbres, y en que la humana cultura podía salvarse del universal estrago. Gran fe tenían los monjes en sus rezos y en la misericordia de Dios, pero no desdeñaban la mundana prudencia.[7] Y á fin de poder defenderse de las invasiones, habían fortificado la abadía como casi inexpugnable castillo roquero,[8] y mantenían á su servicio centenares de hombres de armas de los más vigorosos, probados y hábiles para la guerra.

La abadía era muy rica y famosa: rica por los fertilísimos valles que en sus contornos[9] los monjes habían cultivado con esmero,[10] recogiendo en ellos abundantes cosechas;[11] y famosa, porque era como casa de educación, donde muchos mozos[12] de Francia y de España acudían á instruirse en armas y en letras. Entre los monjes había sabios filósofos y teólogos y no pocos que habían militado con gloria en sus mocedades[13] antes de retirarse del mundo. Éstos enseñaban indistintamente las artes de la paz y de la guerra; cuanto á la sazón[14] se sabía. Y luego, según la índole[15] de cada educando, los pacíficos y humildes se hacían sacerdotes ó monjes, y los belicosos y aficionados á la

vida activa salían de allí para ser guerreros y aun grandes capitanes.

Cincuenta novicios había en la abadía de continuo. Y todos, salvo[16] en las horas consagradas á ejercicios caballerescos, vestían el hábito de la orden.

En una tarde de abril, terminadas las vísperas, salieron los novicios del coro, donde habían estado entonando salmos, y fueron, según costumbre, á pasar dos horas de recreo jugando en un gran patio.[17]

Había un novicio de origen obscuro, lo cual se contraponía á la alta nobleza de que se jactaba[18] con razón la mayoría de los otros. Este novicio era español.

Seis años hacía que había venido á refugiarse en el convento sin saber de dónde. El caritativo abad le dió asilo, y él, con su humildad profunda, con su aplicación constante, con la rara inteligencia que desplegó[19] en el estudio y con la robustez y agilidad que mostró en todos los ejercicios corporales, se ganó la voluntad de aquel venerable siervo de Dios, que le amaba como á un hijo y que candorosamente le admiraba. De aquí la envidia que le tenían los otros novicios y especialmente los franceses. Tratá-

banle con desdén, le hacían mil burlas[20] y hasta le dirigían improperios, que él sufría con resignación evangélica. Por esto le llamaban Plácido.

En aquella ocasión la envidia de los otros novicios había llegado á su colmo.[21] Plácido acababa de alcanzar[22] brillante triunfo. Había compuesto un devoto é inspirado himno latino tan lleno de bellezas y tan rico de amor místico, que, entusiasmados los monjes, lo habían cantado en el coro, dando al joven poeta mil alabanzas[23] y bendiciones.

Sus malos compañeros, deseosos de humillarle, y tal vez fiados[24] en que Plácido era pacífico y sufrido, se encararon con él,[25] aunque él se apartaba de ellos con mansedumbre[26] y modestía, y llegaron dos de los más insolentes al último extremo de la injuria. Recordando la obscuridad de su origen, se la echaron en rostro[27] y calificaron á su madre de la más infame manera.

El cordero[28] se convirtió entonces de repente[29] en bravo león. Por dicha,[30] no tenía armas, pero le valieron los puños.[31] Con certero y fuerte golpe derribó por tierra,[32] maltrecho y con la boca ensangrentada,[33] al primero que le había ofendido. Después

siguió peleando él solo contra otros tres ó cuatro, apoyado contra el muro y acosado por ellos.[34]

Fué todo tan rápido, que nadie había acudido[35] á interponerse y á restablecer la paz, cuando otro de los novicios, de nobilísima alcurnia francesa, intervino en la contienda, diciendo:

—Es cobardía que vayáis tantos[36] contra él; apartáos; dejádmele á mí solo; yo le castigaré como merece.

Fué tan imperiosa la voz, fué tan imponente el ademán[37] de aquel muchacho, que se apartaron todos, formando ancho cerco en torno suyo.[38]

Cayó[39] entonces el francés sobre Plácido, el cual paró los golpes que le asestaba,[40] sin recibir ninguno, y le ciñó[41] con fuerza terrible en sus nervudos brazos.

Pasmosa fué la lucha.[42] Firmes se mantenían ambos. Ninguno cejaba ní caía.[43] Hubieran semejado dos estatuas de bronce, si no se hubiese sentido el resoplido[44] de la fatigada respiración de los combatientes y si no se hubiera visto correr abundante sudor por sus encendidas mejillas.[45]

¡Quién sabe cómo hubiera terminado

aquel combate! Mal, sin duda, si no llega precipitadamente el abad y logra al punto[46] separarlos.

Después de censurar con breves y enérgicas palabras la acción de todos, ordenó á Plácido que le siguiese, y le llevó á su celda.[47]

CAPÍTULO SEGUNDO

—En balde[1] he esperado, hijo mío, hacer de ti un dechado[2] de santidad y de paciencia, para que con el tiempo llegases á ser[3] mi sucesor en el gobierno de esta abadía. Sé todo lo ocurrido y no me atrevo á culparte. La afrenta que te han hecho era difícil, era casi imposible de tolerar. Está visto, Dios no te quiere para la vida contemplativa. Imposible es además que permanezcas ya ni una hora en esta santa casa, donde has promovido un escándalo feroz, aunque disculpable. Por otra parte, el mozo con quien luchabas[4] es poderosísimo por su nacimiento y riqueza, y tú no puedes seguir[5] viviendo donde él está. No me queda más recurso que el de obligarte á salir inmediatamente de la abadía. Pero no saldrás desvalido y

sin prendas de mi afecto hacia ti.[6] La abadía es rica, el abad también lo es, y en nada mejor puede emplear su dinero. Toma esta bolsa llena de oro; Hugo, el capitán de los arqueros,[7] tiene orden mía para entregarte enjaezado[8] el mejor de los corceles[9] que hay en nuestras caballerizas.[10] Corre, vístete á escape[11] con tus armas, monta á caballo y vete.

Vertiendo lágrimas[12] de gratitud y besándole respetuosamente las manos, Plácido se despidió del abad y éste le abrazó y le bendijo.[13]

Dos horas después cabalgaba[14] Plácido, solo y armado, por medio de un pinar espeso[15] y por senda apenas trillada,[16] que iba serpenteando junto á la orilla de un arroyo, entre cerros[17] altísimos.

CAPÍTULO TERCERO

Llegó la noche medrosa[1] y sombría. En aquella soledad asaltaron á Plácido mil ideas tristes. Los recuerdos de la niñez surgieron en su mente con claridad extraña.

Recordó que, seis años hacía, le habían arrojado de otro asilo[2] con serveridad y

dureza harto diferentes.[3] Desde muy niño, desde el albor[4] de su vida, de que no tenía sino muy confusas memorias, se había criado en el castillo del terrible don Fruela, poderoso magnate de la montaña. El castillo estaba en una altura muy cerca de la costa.

Plácido, recogido[5] por caridad en el castillo, é hijo de padres desconocidos,[6] había sido criado con amor por doña Aldonza, la mujer de don Fruela. Hasta la edad de ocho años, vivió Plácido en fraternal familiaridad con Elvira, la hija de doña Aldonza, que era de edad poco menor que él. Juntos jugaban los niños,[7] y juntos aprendieron á leer y á escribir.

Plácido y Elvira sintieron que sus almas se habían unido con el lazo del cariño[8] más inocente.

Algo hubo de recelar ó de prever[9] don Fruela, y ordenó á su mujer que alejase al expósito del trato y de la convivencia[10] de su hija.

Sumisa doña Aldonza, cumplió las órdenes de su marido; pero no hasta el extremo de evitar por completo que el pajecillo y la niña se viesen y se hablasen.

La menor frecuencia en el trato produjo un efecto contrario al que D. Fruela deseaba. En las mentes candorosas de él y de ella se trocó[11] en adoración el afecto, y se iluminó y hermoseó con las galas y el esplendor de los sueños la imagen de la persona querida.

Así llegaron ambos á cumplir catorce años. En un día en que salieron de caza con D. Fruela, el caballo de Elvira corrió desbocado y fué á desaparecer en la espesura de un bosque.[12] Plácido la siguió para salvarla, y acertó á llegar cuando el caballo que ella montaba tropezó y cayó, derribándola por el suelo.[13] Elvira, por fortuna, no se hizo el menor daño. Plácido se apeó con ligereza,[14] acudió en su auxilio[15] y la levantó en sus brazos.

Instintivamente, sin saber qué hacían, cediendo ambos á un impulso irreflexivo, acercaron sus rostros y se dieron un beso. Plácido se creyó por breves instantes transportado al paraíso; pero la realidad más cruel hubo de mostrarle en seguida que estaba en la dura y áspera tierra.[16] Una lluvia de infamantes latigazos[17] cayó sobre sus espaldas. D. Fruela le había sorprendido, le castigaba y le afrentaba furioso.

La jauría de sus podencos y lebreles[18] y sus monteros[19] se acercaban ya. Afrentado el mozo, aunque en edad tan tierna, no reflexionó en el peligro ni en lo desigual de la lucha, y venablo en mano,[20] se lanzó[21] contra D. Fruela para matarle. Elvira se interpuso, dispuesta á recibir las heridas y salvar á su padre. Plácido dejó caer al suelo el venablo. La humillación le hizo verter amargas lágrimas.

El feroz D. Fruela, lejos de apiadarse, le azuzó[22] los perros para que le devoraran, y gritó á los monteros que disparasen contra él sus agudas flechas.[23]

—¡Sálvate, Plácido, sálvate!—dijo entonces Elvira.—Si no huyes, mi cuerpo te servirá de escudo y me matarán antes de que te maten.

Plácido conoció entonces lo peligroso, lo imposible de la defensa. Temió más por la vida de ella que por la suya. Era ágil y ligero como un gamo;[24] conocía los más intrincados sitios[25] y las más extraviadas sendas[26] del bosque, y pronto desapareció como por encanto, no sin exclamar antes con su voz de niño, que se contraponía á la firmeza del tono:

—Ser padre de ella te ha salvado de la muerte. Ahora huyo,[27] pero tal vez un día vuelva á buscarte y á exigirte su mano como sola satisfacción de mi afrenta.

Refugiado Plácido en la abadía, no olvidó la afrenta jamás, pero guardó oculto su recuerdo en el lastimado centro del alma. El horror que le causaba volver de nuevo contra el padre de Elvira, la humildad, la resignación y otros sentimientos religiosos, inclinaron su espíritu y le excitaron á desistir de vengarse. Y como afrentado y sin venganza no quería vivir en el mundo, se decidió á hacer la vida del claustro. Hasta el día en que el insulto hecho á su madre despertó en él de nuevo la ingénita fiereza, fué el más paciente y dulce de los cenobitas. Lanzado[28] ya al mundo de nuevo, con veinte años de edad, con aliento y brío y con caballo y armas, ¿dónde había de ir Plácido sino al castillo de D. Fruela á fin de pedir á éste estrecha cuenta de todo?

CAPÍTULO CUARTO

Sin detenerse sino para tomar el indispensable descanso, llegó Plácido á la morada[1] donde había pasado la niñez. Confiado en Dios, en su derecho y en su valentía, sin arredrarse,[2] se acercó á la puerta del castillo.

Todo estaba mudado. En torno, soledad y silencio. Aunque era medio día, Plácido no vió ni hombres de armas ni campesinos. El puente levadizo,[3] tendido sobre el foso,[4] dejaba franca la entrada. El escudo de piedra berroqueña,[5] que había sobre la puerta principal, estaba cubierto de negro paño de luto.[6]

Pronto, por un anciano criado, única persona que halló y que al desmontar le tuvo el estribo, se enteró de la inmensa desventura que abrumaba á aquella familia. D. Fruela, acusado de alta traición, estaba en Oviedo[7] y debía ser condenado á muerte. Su acusador era D. Raimundo, mayordomo de Palacio.[8] Tres caballeros de la casa de D. Raimundo estaban prontos á sostener la acusación en palenque abierto[9] contra los defensores de D. Fruela, el cual había

apelado al Juicio de Dios. Pero D. Raimundo era tan poderoso y temido, y por su inaudita soberbia[10] era D. Fruela tan odiado,[11] que nadie acudía á defenderle. Sólo faltaban tres días para expirar el plazo. No bien Plácido supo todo esto, el rencor antiguo se convirtió en lástima en su alma generosa, y resolvió ser el campeón de quien tan rudamente le había ofendido, probad su inocencia y librarle de la muerte. En el castillo no había nadie, sino el anciano servidor. Doña Aldonza y Elvira habían ido á Oviedo á echarse á los pies del rey y pedirle el perdón, si bien con poquísima esperanza, por ser muy justiciero el soberano. De todos modos, la honra de la familia quedaría manchada.[12]

Sin demora se dispuso Plácido á salir para Oviedo, pero antes el anciano servidor le refirió y encareció lo mucho que doña Aldonza y Elvira habían pensado en él durante su ausencia, y le dijo que habían dejado para él un presente á fin de que le recibiera y se le llevase si por dicha aparecía por el castillo.

El anciano fué por el presente y se le entregó á Plácido. Era una fuerte rodela,[13]

en cuya plancha de acero figuraba en esmalte, sobre campo de gules,[14] un azor,[15] cubierta la cabeza por el capirote[16] y asido por la pihuela[17] á una blanca mano que parecía de mujer.

—Tú tienes en el hombro[18] derecho—dijo el anciano—grabado con indeleble marca, un azor semejante al del escudo. Por él serás un día reconocido y se sabrá quiénes son tus padres. Entre tanto mi señora y su hija te declaran y apellidan[19] Caballero del Azor, y te dan en testimonio de ello esa prenda. Concédate Dios, Caballero del Azor, la buena ventura en lides[20] y amores que ellas y yo te deseamos.

CAPÍTULO QUINTO

Á los tres días, pocas horas antes de expirar el plazo,[1] llegó á Oviedo el Caballero del Azor. Después de reposar y de aprestarse[2] para el combate, sonaron las trompetas y entró en el palenque con la visera calada y la lanza en la cuja.[3]

En alta y sonora voz proclamó la inocencia de D. Fruela, llamó calumniadores á los

que le acusaban, y retó[4] á los tres, sucesivamente ó juntos, contra él solo. Los campeones de D. Raimundo fueron sucesivamente apareciendo. Los combates fueron muy cortos.

El Caballero del Azor, con pasmosa destreza y bizarría, logró[5] que en menos de media hora los tres mordiesen el polvo[6] muy mal herido uno de ellos.

El gentío[7] que rodeaba el palenque rompió en estrepitosas aclamaciones y vitores. El Caballero del Azor fué llevado en triunfo á palacio é introducido en la regia cámara.

El rey, informado de todo el suceso,[8] ansiaba verle, y más lo ansiaba aún su noble y desventurada hermana, la infanta doña Jimena, que estaba con el rey en aquel momento.

—Caballero del Azor—dijo la infanta antes de que el rey hablase—¿por qué llevas un azor esmaltado en la rodela?[9]

—Alta Señora—contestó Plácido—porque le tengo también estampado en el hombro derecho, como indeleble marca.

Doña Jimena puso entonces los ojos con cariño en el rostro[10] hermosísimo de Plácido, é imaginó que veía al conde de Saldaña,

como estaba en su lozana[11] juventud, hacía veinte años.

Ya no pudo contenerse doña Jimena; se acercó al joven, le estrechó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Hijo mío, hijo mío!

El rey depuso[12] su severidad, y dirigiéndose al joven, le estrechó también en sus brazos, y le dijo:

—Yo te reconozco; eres mi sobrino Bernardo; te hago merced de la casa fuerte y del señorío del Carpio. Como Bernardo del Carpio[13] serás en adelante conocido y famoso en todos los países y en todas las edades. Perdonado tu padre, saldrá de la prisión y será el legítimo esposo de mi hermana.

En efecto; el rey cumplió su promesa. El conde de Saldaña[13] salió del castillo de Luna donde estaba encerrado.

Durante cinco días consecutivos hubo magníficas fiestas en Oviedo. Las bodas[14] de Bernardo del Carpio y de Elvira se celebraron al mismo tiempo que las del conde de Saldaña y doña Jimena.

Pocos días después pudo averiguarse[15] que don Raimundo, el mayordomo de Palacio,[16] había sido quien robó al niño Bernardo y

quien le mandó matar furioso, como desdeñado pretendiente que fué de doña Jimena. Los sicarios,[17] encargados de matar al niño, habían tenido piedad de él y le habían expuesto á la puerta del castillo de D. Fruela. Por ésta y por otras muchas maldades que se descubrieron, se comprendió que don Raimundo era un monstruo abominable, por lo cual el rey pudo ejercer provechosamente[18] su justicia mandándole ahorcar,[19] como le ahorcaron con general regocijo de los ciudadanos de Oviedo, porque D. Raimundo era muy aborrecido y porque en aquella edad tan ruda[20] la filantropía no era cosa mayor y no infundía repugnancia la pena de muerte.

Sólo queda por decir que Bernardo fué felicísimo con su Elvira y que vivieron siempre muy enamorados ella de él y él de ella.

Por los antiguos romances y por la historia se sabe que aquella lucha á brazo partido,[21] que interrumpió el abad en el convento de los Pirineos, se reanudó más tarde no lejos de allí, y terminó gloriosamente para Bernardo, muriendo ahogado entre sus brazos hercúleos el paladín D. Roldán,[22] pues no

era otro quien había luchado con él, cuando los dos eran novicios.

Y aquí terminan los sucesos de la mocedad de Bernardo del Carpio, ignorados hasta hace poco, y recientemente descubiertos en ciertos vetustos é inéditos[23] Anales de la Orden de San Benito, escritos en latín bárbaro en el siglo x, y conservados en el monasterio de la Cava, cerca de Nápoles.

III

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

MUCHO tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido,[1] pero sí que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo, Japón.

Hubo de acontecer,[2] cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vió obligado á ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, á la vuelta,[3] muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar[4]

cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos,[5] el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver[6] tantos primores y maravillas.[7]

En fin, cuando supo[8] la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo,[9] y ella se adornó con un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer[10] el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas[11] y sonreía con deleite al ver los juguetes[12] que su padre le trajo,[13] y éste no se hartaba[14] de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

—Á ti—dijo á su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco

como plata mate, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro,[15] porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.[16]

—¿Qué ves?—preguntó el marido encantado del pasmo de ella y muy ufano[17] de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo á una linda moza,[18] que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara[19] la que ves;—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.—Ese redondel[20] de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose á cada momento, porque, como ya dije,[21] era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo,[22] que tan prodigiosa alhaja[23] tenía

sobrado precio[24] para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aun muy dichosos. El hechizo de su vida[25] era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa[26] y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido[27] el espejo, recelando que su uso pudiera engreir[28] á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre lo olvidó del todo.[29] De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino[30] tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma[31] y, aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo,[32] se fué empeorando[33] cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su marido y á su hija, se puso

muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejaros solos á ti y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca,[34] prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte.[35] En él me verás y conocerás que estoy siempre velando[36] por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró á poco.[37]

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada noche tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato[38] é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. Á ella confiaba de noche sus disgustos y penas[39] del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño[40] para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada[41] por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla.[42] Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo,[43] que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió además el deseo de su madre moribunda[44] y que ella nunca había dejado de cumplir.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas[45] de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo[46] del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.[47]

IV

EL PESCADORCITO[1] URASHIMA

VIVÍA muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.[2]

Cierto día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez,[3] ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga[4] con una concha muy recia,[5] una cara vieja, arrugada[6] y fea y un rabillo[7] muy raro.[8] Es necesario que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien[9] para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció[10] que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día á echar una siesta.[11]

Apenas se durmió, salió del seno de las olas[12] una hermosa dama que entró en la barca y dijo[13]:

—Yo soy la hija del Dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende[14] los mares. No fué tortuga la que pescaste poco ha,[15] y tan generosamente pusiste[16] de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el Dios del mar, para ver si tú eras bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo.[17] Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos,[18] más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo[19] y la Princesa marina otro; y remaron,[20] remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el Dios de la mar vivía é imperaba,[21] como rey, sobre todos los dragones,

tortugas y peces. ¡Oh, que sitio tan ameno[22] era aquél! Los muros del Palacio eran de coral;[23] los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas[24] de los peces eran plata, y las colas[25] de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el Palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno[26] del Dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas,[27] contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible; pero vete, si así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo,[28] esta caja,

y cuida mucho de[29] no abrirla. Si la abres, no lograrás[30] nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó[31] mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza[32] de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir?[33] Las montañas, por cierto, estaban allí como antes; pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo,[34] que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo: pero ya no iban allí mujeres á lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar[35] un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, donde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿Cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos

que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar[36] cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.[37]

De súbito acudió á la mente de Urashima[38] la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral,[39] sus frutas de rubíes, y sus dragones con colas[40] de oro, había de ser parte del país de las hadas,[41] donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer[42] ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea[43] había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento[44] pensó entonces Urashima en volverse[45] con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo[46] que debía seguir? ¿Quién se le marcaría?

—Tal vez, caviló él,[47] si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.[48]

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.[49]

Como quiera que fuese,[50] Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde[51] á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del Dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.[52]

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito.[53] Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado[54] y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el Dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces; donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por frutas, y donde las escamas son plata y las colas oro?

NOTES

UN PRÓLOGO

1. **También hay mustias y feas,** *there are also some withered and ugly.*
2. **No se me culpe, pues, de presumido,** *let me not be blamed, therefore, for being conceited.*
3. **Si valiéndome,** *if availing myself of.*
4. **Ramillete ó manojo,** *bouquet or bunch.*
5. **La cinta ó el lazo que las ate,** *the ribbon or bow to tie them.*
6. **No se vaya por su lado,** *will not go its way.*
7. **Elogiarlas,** *to praise them.*
8. **Y mis achaques me condenan,** *and my sufferings condemn me.*
9. **Pero me guardo bien de inferir,** *but I refrain from inferring.*
10. **Logren los desocupados,** *the idlers may succeed in.*
11. **De sobra tienen libros á que acudir,** *they have over and above enough books to refer to.*
12. **Este librejo,** *this worthless book.* "The termination *ejo* belongs to the number of those which, without augmenting or diminishing the comparative, underrate its meaning."—*Academia*, p. 42.
13. **Tampoco conmover hondamente,** *neither to move deeply.*
14. **Sino regocijada y alegre,** *but rejoicing and merry.*

15. **Desabrimiento,** *asperity.*
16. **Asunto,** *plot.*
17. **Sujeto,** *subject.*
18. **Salga fuera de,** *come out from.*
19. **Cincelándola y puliéndola,** *chiseling and polishing it.*
20. **Cada cual,** *each one.*
21. **Al que embargado de,** *the one who is seized with.*
22. **Ser querido,** *beloved one.*
23. **Luchas,** *fights.*
24. **Es cuando ya menos nos duele,** *is when they already pain us the least.*
25. **Informe é inefablemente,** *formlessly and ineffably.*
26. **Si no acertásemos á remediarle,** *should we not guess how to remedy it.*
27. **No aburra,** *not to weary.*
28. **El que anhele desechar ú olvidar,** *he who may wish to drive away or to forget.*
29. **Amenas y gratas,** *entertaining and pleasing.*

EL CABALLERO DEL AZOR

Chapter First

1. **Azor,** *hawk.*
2. **Hará ya,** *it must be now.* The future is used in Spanish to assert without possibility of a contradiction, being then equivalent to *must.* See page 340, Future, No. 2, Cortina's Spanish in Twenty Lessons.
3. **Había en lo más esquivo y fragoso,** *there was in the most inaccessible and rough.*
4. **Andaban muy mal,** *were going very poorly.*
5. **Por donde quiera luchas feroces, robos y matanzas,** *everywhere ferocious fights, robbery and slaughter.*

6. **Entre breñas y riscos se guarecían**, *among rough ground and crags took refuge.*
7. **No desdeñaban la mundana prudencia**, *they did not scorn worldly prudence.*
8. **Roquero**, *rocky.*
9. **Contornos**, *surroundings.*
10. **Esmero**, *care.*
11. **Cosechas**, *harvests.*
12. **Mozos**, *young men.*
13. **Mocedades**, *youth.*
14. **Á la sazón**, *at that time.*
15. **Indole**, *disposition.*
16. **Salvo**, *with exception.*
17. **Patio**, *court yard.*
18. **De que se jactaba**, *of which* (*the majority*) *boasted.*
19. **Desplegó**, *displayed.*
20. **Burlas**, *mockeries.*
21. **Había llegado á su colmo**, *had reached its height.*
22. **Acababa de alcanzar**, *had just obtained* (**acabar de**, *to have just*).
23. **Alabanzas**, *praises.*
24. **Y tal vez fiados**, *and perhaps trusting.*
25. **Se encararon con él**, *confronted him.*
26. **Mansedumbre**, *meekness.*
27. **Se la echaron en rostro**, *threw it in his face.*
28. **Cordero**, *lamb.*
29. **De repente**, *suddenly.*
30. **Por dicha**, *fortunately.*
31. **Puños**, *fists.*
32. **Con certero y fuerte golpe derribó por tierra**, *with a strong, well aimed blow, he knocked down.*
33. **Maltrecho y con la boca ensangrentada**, *badly hurt and with his mouth bleeding.*
34. **Apoyado contra el muro y acosado por ellos**, *leaning against the wall and accosted by them.*

35. **Había acudido,** *had come.*
36. **Es cobardía que vayáis tantos,** *it is cowardice for so many of you to go.*
37. **Ademán,** *attitude.*
38. **Formando ancho cerco en torno suyo,** *forming a wide circle around them.*
39. **Cayó** (third person singular past of **caer,** *to fall:* **ca-í, -iste, -yó, -imos, -isteis, -yeron)** *fell.*
40. **Le asestaba,** *he fired at him.*
41. **Le ciñó** (from **ceñir,** *to surround*) *surrounded him.*
42. **Pasmosa fué la lucha,** *the fight was dreadful.*
43. **Ninguno cejaba ni caía,** *no one gave in nor fell.*
44. **Si no se hubiera sentido el resoplido,** *had not the breathing been heard.*
45. **Sudor por sus encendidas mejillas,** *perspiration from their flushed cheeks.*
46. **Si no llega precipitadamente el abad y logra al punto,** *had not the abbot arrived hurriedly and succeeded instantly.*
47. **Le llevó á su celda,** *took him to his cell.*

Chapter Second

1. **En balde,** *in vain.*
2. **Un dechado,** *a model.*
3. **Llegases á ser,** *should become.* When the change of condition is not due to the direct action of the subject, but is the result of effort, **llegar á ser, venir á ser,** or **ser hecho,** are equivalent to the English *to become.*—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 240, note 1, No. 3.
4. **El mozo con quien luchabas,** *the young man with whom thou wast fighting.*
5. **Seguir,** *to continue.*

6. **Pero no saldrás desvalido y sin prendas de mi afecto hacia ti,** *but thou wilt not leave destitute and without pledge of my affection toward thee.*
7. **Arqueros,** *archers.*
8. **Enjaezado,** *harnessed.*
9. **Corceles,** *chargers.*
10. **Caballerizas,** *stables.*
11. **Corre, vístete á escape,** *hasten, dress thyself at once.*
12. **Vertiendo lágrimas,** *shedding tears.*
13. **Se despidió del abad y éste le abrazó y le bendijo** (from **bendecir,** *to bless,* a compound of **decir,** past definite: **bendij-e, -iste, -o, -imos, -ísteis, -eron),** *took leave of the abbot who embraced and blessed him.*
14. **Cabalgaba,** *was riding.*
15. **Por medio de un pinar espeso,** *in the midst of a thick pine forest.*
16. **Senda apenas trillada,** *scarcely trodden path.*
17. **Que iba serpenteando junto á la orilla de un arroyo entre cerros,** *which went winding along the bank of a brook between hills.*

CHAPTER THIRD

1. **Medrosa,** *fearful.*
2. **Le habían arrojado de otro asilo,** *they had turned him away from another place of refuge.*
3. **Con severidad y dureza harto diferentes,** *with quite a different severity and rudeness.*
4. **Desde el albor,** *since the first dawn.*
5. **Recogido,** *sheltered.*
6. **De padres desconocidos,** *of unknown parents.*
7. **Juntos jugaban los niños,** *the children played together.*
8. **Con el lazo del cariño,** *with the tie of affection.*

9. **Algo hubo de** (past definite of **haber de,** *to have to*) **recelar ó de prever,** *something must have been suspected or foreseen by.*
10. **Del trato y de la convivencia,** *from the friendly intercourse and the life spent together.*
11. **Se trocó,** *changed.*
12. **Corrió desbocado y fué á desaparecer en la espesura de un bosque,** *ran away and disappeared in the thickness of a forest.*
13. **Acertó á llegar cuando el caballo que ella montaba tropezó y cayó, derribándola por el suelo,** *succeeded in arriving when the horse she was riding stumbled and fell, throwing her down.*
14. **Se apeó con ligereza,** *alighted with promptness.*
15. **Acudió en su auxilio,** *ran to her assistance.*
16. **Áspera tierra,** *harsh earth.*
17. **Latigazos,** *lashing* (*whip blows*). "The suffix **azo,** when applied to nouns of the neuter gender, such as *stick, whip, sword,* etc., means a blow, struck; as from **bastón** (*stick*), **bastonazo,** *a blow struck with a stick;* from **látigo** (*whip*), **latigazo,** *a blow struck with a whip;* from **sable** (*sword*), **sablazo,** *a blow struck with a sword,* etc.—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 217, note 3.
18. **La jauría de sus podencos y lebreles,** *a pack of his hounds and greyhounds.*
19. **Monteros,** *huntsmen.*
20. **Venablo en mano,** *holding a javelin.*
21. **Se lanzó,** *darted upon.*
22. **Azuzó,** *hallooed.*
23. **Que disparasen contra él sus agudas flechas,** *to fire their sharp-pointed darts at him.*
24. **Como un gamo,** *as a buck.*
25. **Los más intrincados sitios,** *the most obscure places.*

26. **Extraviadas sendas,** *secret paths.*
27. **Huyo** (from **huir,** *to fly, to escape,* present indicative: **huy-o, -es, -e, hu-imos, -is, huy-en**).—Cortina's Verbos Españoles, page 182.
28. **Lanzado,** *lanced.*

CHAPTER FOURTH

1. **Morada,** *dwelling.*
2. **Sin arredrase,** *without being daunted.*
3. **El puente levadizo,** *the draw bridge.*
4. **Foso,** *fosse.*
5. **Piedra berroqueña,** *granite.*
6. **Luto,** *mourning.*
7. **Oviedo,** a pleasant and healthy city of Spain, capital of the modern province of the same name and of the ancient **Asturias,** situated on the Bay of Biscay. In the centre of the city is a handsome square, from which four principal streets, terminating in **alamedas** or promenades, branch off toward the north, south, east and west, respectively. These main streets are connected by others, and all are clean and well paved.
8. **Mayordomo de palacio,** *superintendent of the royal palace.*
9. **Palenque abierto,** *open field.*
10. **Inaudita soberbia,** *most extraordinary haughtiness.*
11. **Tan odiado,** *so hated.*
12. **Quedaría manchada,** *would remain stained.*
13. **Rodela,** *shield.*
14. **Gules,** *gules* (*red*).
15. **Azor,** *hawk.*
16. **Capirote,** *hood.*
17. **Pihuela,** *leash* (a leather strap fastened to a hawk's leg).

18. **Hombro,** *shoulder.*
19. **Apellidan,** *they name.*
20. **Lides,** *contests, fights.*

CHAPTER FIFTH

1. **Plazo,** *term.*
2. **Aprestarse,** *getting ready.*
3. **Con la visera calada y la lanza en la cuja,** *with his visor closed and the spear in the lance-bucket.*
4. **Retó,** *challenged.*
5. **Logró,** *succeeded.*
6. **Mordiesen en polvo,** *should bite the dust.*
7. **Gentío,** *crowd.*
8. **Suceso,** *happening.*
9. **Esmaltado en la rodela,** *enameled on the shield.*
10. **Con cariño en el rostro,** *with affection in the face.*
11. **Como estaba en su lozana juventud,** *as he was in his radiant youth.*
12. **Depuso,** past of **deponer,** *to depose,* a compound of **poner,** *to put:* **depus-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -ieron.**
13. **Bernardo del Carpio,** born in 794, was the son of don Sancho, count of Saldaña, and doña Jimena, sister of Alfonso II el Casto, 791–843. He served with great distinction under his king, and took part in the celebrated battle of Roncesvalles, where the armies of Charlemagne were completely defeated. He became dissatisfied with the king, who denied him the liberty of his father, and retired to Salamanca, where he built the castle of el Carpio, from which he took his name. He died there in 876.
14. **Las bodas,** *the weddings.*
15. **Pudo (pud-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -ieron) averiguarse,** *it could be found out.*

16. **El mayordomo de palacio,** *the superintendent of the royal palace.*
17. **Los sicarios,** *the bravos* (*the daring villains*).
18. **Pudo ejercer provechosamente,** *could practice profitably.*
19. **Mandándole ahorcar,** *by sending him to the gallows.*
20. **Ruda,** *rough.*
21. **Aquella lucha á brazo partido,** *that fist fight.*
22. **Roldán, Orlando** or **Rolando,** celebrated personage in the books of chivalry, one of the palatines of Charlemagne, and supposed to be his nephew. A disagreement with his uncle obliged him to fly to Asia, where he fell in love with the beautiful Angelica, Queen of Cathay, whose treason was the cause of his getting into a terrible passion, which gave birth to the subject of Ariosto's great poem. After recovering his reason he accompanied Charlemagne to Spain. When passing the Pyrenees the rear guard of the French army was attacked by the Basques in the valley of Roncesvalles, where Roldán perished with the flower of the army after feats of great valor.
23. **Vetustos é inéditos,** *very old and unpublished.*

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

1. **Que ya cayeron** (past of **caer,** *to fall:* **ca-í, -iste, -yó, -imos, -isteis, -yeron) en olvido,** *which are now lost to memory.*
2. **Hubo de acontecer,** *it happened.*
3. **Á la vuelta,** *on his return.*
4. **Y así no podía desechar,** *and could not thus disregard.*
5. **Aquellos contornos,** *those surroundings.*
6. **Donde había que ver,** *where there was to be seen.*

7. **Tantos primores y maravillas,** *so many beauties and wonders.*
8. **Supo** (past of **saber: sup-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -ieron**), *knew.*
9. **Lo mejor que pudo** (past of **poder,** *to be able:* **pud-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -ieron**), *the best she could.*
10. **No atino á encarecer,** *I do not find words to express.*
11. **Sano y salvo. La chiquitina daba palmadas,** *safe and sound. The little one clapped her hands.*
12. **Juguetes,** *toys.*
13. **Le trajo** (past of **traer,** *to bring:* **traj-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -eron**), *brought her.*
14. **No se hartaba,** *never tired.*
15. **Asombro,** *astonishment.*
16. **Un rostro que alegre sonreía,** *a face which was smiling joyfully.*
17. **Del pasmo de ella y muy ufano,** *of her amazement and very proud.*
18. **Linda moza,** *beautiful girl.*
19. **Tonta, es tu propia cara,** *you, silly one, it is your own face.*
20. **Redondel,** *circle.*
21. **Dije** (past of **decir,** *to say:* **dij-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -eron**), *I said.*
22. **Con todo,** *however.*
23. **Alhaja,** *jewel.*
24. **Tenía sobrado precio,** *was priceless.*
25. **El hechizo de su vida,** *the charm of their life.*
26. **El vivo retrato de su madre, y tan cariñosa,** *the living picture of her mother, and so affectionate.*
27. **Escondido,** *hidden.*
28. **Pudiera** (imperfect of subjunctive of **poder,** *to be able:* **pud-iera, -ieras, -iera, -iéramos, -ierais, -ieran**) **engreir á la niña,** *might make the girl conceited.*

29. **Lo olvidó del todo,** *forgot it altogether.*
30. **Sobrevino** (past of **sobrevenir**, a compound of **venir: sobrevin-e, -iste, -o, -imos, -isteis, -ieron**), *it happened.*
31. **Cayó enferma,** *became ill.*
32. **Desvelo,** *vigilance.*
33. **Se fué empeorando,** *became worse.*
34. **Cuando yo desaparezca,** *when I disappear.*
35. **Al despertar y al acostarte,** *when awakening and retiring.*
36. **Velando,** *watching.*
37. **Expiró á poco,** *expired shortly afterward.*
38. **Por largo rato,** *for a long while.*
39. **Sus disgustos y penas,** *her troubles and sorrows.*
40. **Buscaba aliento y cariño,** *looked for encouragement and affection.*
41. **Como vigilada,** *as if she were watched.*
42. **Enojarla,** *displease her.*
43. **Advirtió el padre al cabo,** *the father noticed finally.*
44. **Su madre moribunda,** *her dying mother.*
45. **Vertió él lágrimas,** *he shed tears.*
46. **Blando lazo,** *tender tie.*
47. **Á la de su difunta madre,** *to that of her dead mother.*

EL PESCADORCITO URASHIMA

1. **Pescadorcito,** *little fisherman.* "Diminutives end principally in **ito, ita**; they imply beauty, and are also used as terms of endearment as well as to express smallness, as from **hermano, hermanito,** *dear little brother,* etc."—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 133, note.
2. **Y muy listo con la caña y el anzuelo,** *and very clever with the rod and hook.*

3. **En vez de coger un pez,** *instead of catching a fish.* "After the fish is caught it is called **pescado,** also past participle of **pescar,** *to fish;* but while free in the water the name is **pez.**"—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 50, note 2.
4. **Tortuga,** *turtle.*
5. **Recia,** *rough.*
6. **Arrugada,** *wrinkled.*
7. **Un rabillo muy raro,** *a very curious small tail.*
8. **Es necesario que sepas** (subjunctive of **saber,** *to know:* **sep-a, -as, -a, -amos, -áis, -an**), *it is necessary that you should know.* "All impersonal expressions rule the subjunctive mood."—Cortina's Verbos Españoles, page 11, 3a.
9. **Me sabrá tan bien,** *will taste as well to me.*
10. **Poco después aconteció,** *it happened after a little while.*
11. **Echar una siesta,** *to take a nap.*
12. **Salió del seno de las olas,** *sprang from the bosom of the waves.*
13. **Dijo** (past of **decir**), *she said.*
14. **Allende,** *on the other side.*
15. **Poco ha,** *little while ago.*
16. **Pusiste** (past of **poner,** *to put,* second person singular), *thou placedst.*
17. **Conmigo,** *with me.* "The preposition **con,** *with,* in connection with the pronouns **mi, ti, si,** is rendered by **conmigo, contigo, consigo.**"—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 35, note 6.
18. **Juntos,** *together.*
19. **Remo,** *oar.*
20. **Remaron,** *rowed.*
21. **Imperaba,** *reigned.*
22. **Ameno,** *delightful.*
23. **Los muros del Palacio eran de coral,** *the walls of the Palace were of coral.*

24. **Las escamas,** *the scales.*
25. **Colas,** *tails.*
26. **Yerno,** *son-in-law.*
27. **No gusto de que te vayas** (subjunctive of **ir,** *to go*), *I do not like to have you go.* (Cortina's Verbos Españoles, page 11, 1a.)
28. **Toma, con todo,** *take, however.*
29. **Cuida mucho de,** *take good care of.*
30. **No lograrás,** *thou wilt not succeed.*
31. **Navegó,** *he sailed.*
32. **Choza,** *hut.*
33. **¿Qué habia sido de la aldea en que solía vivir?** *what had become of the village where he used to live?*
34. **El arroyuelo,** *the little brook.* "The terminations uelo, uela, form diminutives and convey generally the idea of contempt and adversity."—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, page 132, note 6.
35. **Acertó entonces á pasar,** *it happened that then passed.*
36. **Debes de estar,** *thou must be.* "**Deber de,** *must,* implies doubt, supposition, while **deber** simply means *to owe,* and *to have to.*"—Cortina's Spanish in Twenty Lessons, pages 40 and 149, notes 2 and 6 respectively.
37. **Escombros,** *débris.*
38. **De súbito acudió á la mente de Urashima,** *suddenly it dawned upon Urashima.*
39. **Con sus muros de coral,** *with its coral walls.*
40. **Colas,** *tails.*
41. **Hadas,** *fairies.*
42. **De nada le valía pues permanecer,** *therefore there was no use for him to remain.*
43. **Hasta su propia aldea,** *even his own village.*
44. **Atolondramiento,** *confusion.*

45. **Volverse,** *to return.*
46. **Rumbo,** *direction.*
47. **Tal vez, caviló él,** *perhaps, he thought.*
48. **El camino que busco,** *the way I seek.*
49. **Por lo trastornado que estaba,** *on account of the perplexity in which he was.*
50. **Como quiera que fuese,** *be that as it may.*
51. **En balde,** *in vain.*
52. **En pos de la nube,** *following the cloud.*
53. **Sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito,** *his shoulders bent like those of a decrepit (worn with age) man.*
54. **Atolondrado,** *confused.*

